

ESTUDIO HISTORICO URBANISTICO DE LA PROVINCIA DE GUIPUZCOA

EPOCA ROMANA

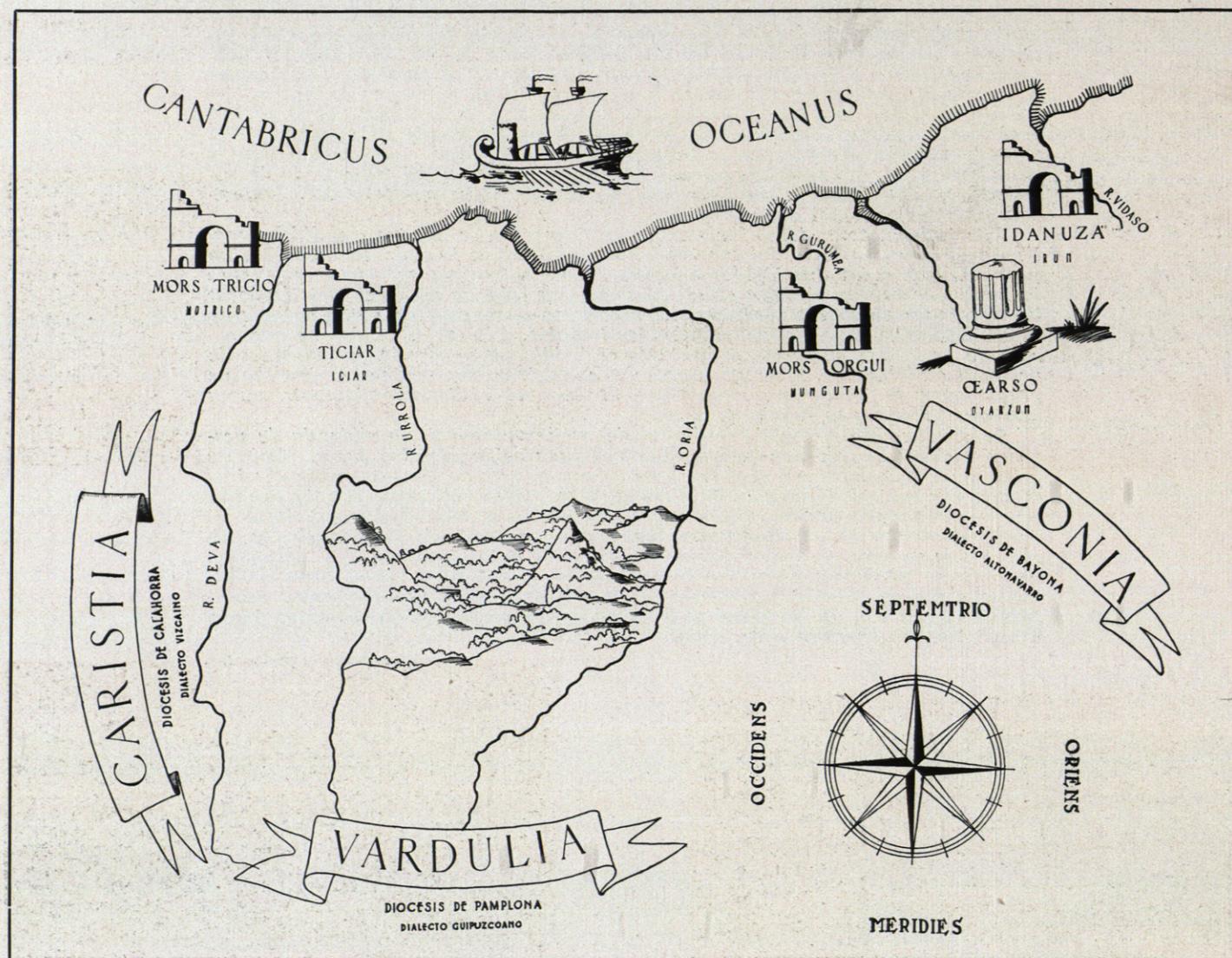
Tres pueblos primitivos, los Vascones, los Várdulos y los Caristios, están asentados en la comarca, ocupando los primeros hasta San Sebastián, los segundos el centro del país, hasta Deva, y los terceros, desde este río hacia la Sierra de Cantabria.

Sus diferencias de lenguaje perduran más que su memoria, y la división del territorio parece haberse reflejado en la que hace la Iglesia Católica posteriormente: la parte de Vasconia, que habla el dialecto alto-navarro-septentrional, pertenecerá a la diócesis de Bayona; la Vardulia, de dialecto guipuzcoano, perte-

necerá a la diócesis de Pamplona, y la Caristia, de dialecto vizcaíno, será de la diócesis de Calahorra.

La fiereza de estos pueblos sólo permite una mínima romanización, reducida exclusivamente a la explotación, de un modo colonial, de las minas de Oeso (Oyarzun), que exportan su mineral de hierro por su puerto, sin influjo urbanístico alguno sobre el resto del país.

La población se encuentra diseminada o agrupada en pequeños lugares, alguno de los cuales es citado ya como punto de apoyo militar o escenario de luchas.



EDAD MEDIA (Hasta 1200)

La entonces llamada Ipúzcoa o Lipúzcoa es "zona de frontera", es decir: zona incontrolada, aunque agregada a Navarra.

Las Juntas Generales —representadas más tarde por la heráldica como tres tejos a la orilla del mar— se reúnen alternativamente en cada uno de los lugares de los tres partidos de tanda, para tomar acuerdos.

Las doce familias ancestrales de los Prientes Ma-

yores se agrupan, a la voz de cada uno de sus jefes, para sus empresas guerreras particulares, que traen al país en jaque.

Los lugares diseminados que ocupa la población empiezan a citarse en el siglo XI como parroquias, dependientes de Pamplona, de Leire o de San Juan de la Peña. Sólo en este siglo se organizan dos pueblos, San Sebastián y Hernani, en el camino de Pamplona, con el fuero de Navarra.

LAS ANEXIONES

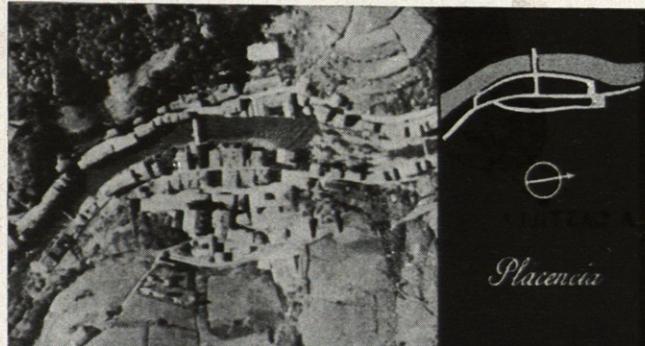
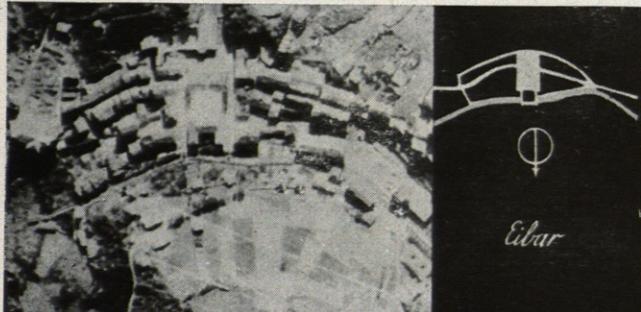
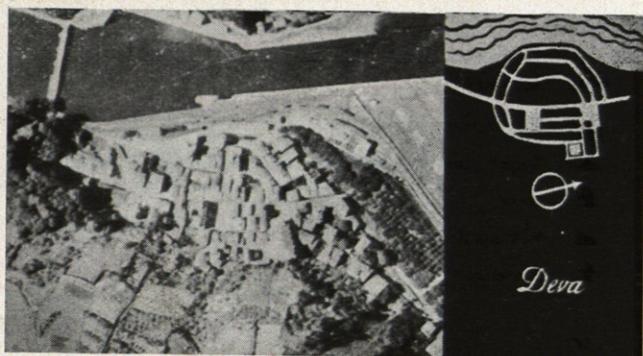
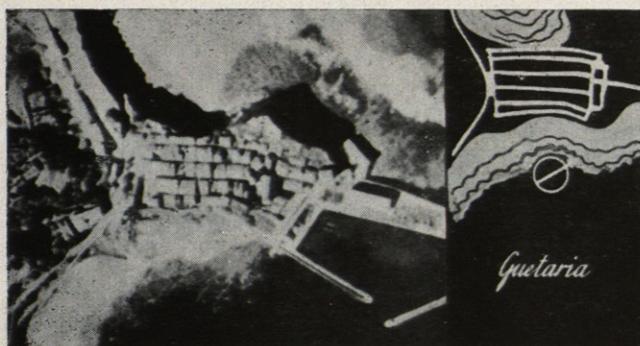
En 1200, coincidiendo con la expedición del Rey de Navarra a tierra de moros, acuerda Guipúzcoa agregarse a Castilla; y el rey Alfonso VI, a su vuelta de Francia, y sus sucesores, establecen varias villas muradas. Las sitúan, para la defensa de la comarca, estratégicamente:

- 1.º En la costa, contra los normandos.
- 2.º En la línea del río Oria, contra las incursio-

nes de los navarros, y más tarde de los franceses, con las avanzadas de Ondarribia (Fuenterrabía) y Uranzu (Irún).

3.º En el interior, como defensa contra los banderizos.

Todas responden a un mismo esquema urbanístico: las atraviesa el camino que defienden, eje mayor de la elipse del contorno, en cuyos extremos, ante las



puertas del muro, se forman dos plazas a las que convergen las demás calles, que forman los anillos sucesivos.

Buscando el amparo de sus muros, en estos luctuosos tiempos, los pueblos vecinos solicitan la anexión a las villas, que el Rey ha de sancionar. Las "vecindades" abastecen a la villa en la paz a cambio de la protección, dentro del recinto, en la guerra.

Sólo se escapan a esta organización algunos valles, más tranquilos, que forman Alcaldías mayores, y también el Valle Real de Leniz, y el señorío de Oñate, que es independiente.

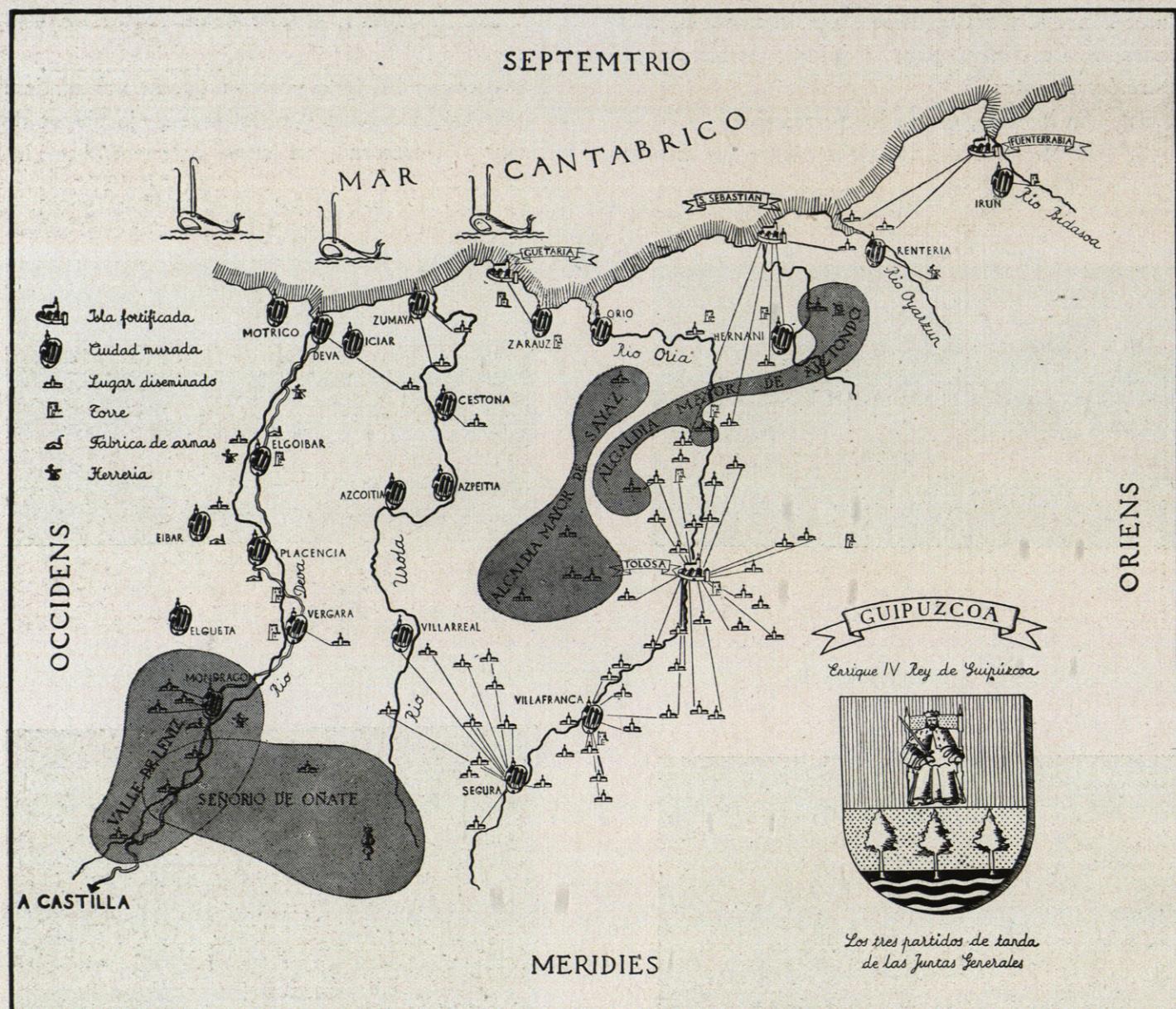
Las ferrerías —próximas a la torre señorial que tiene el privilegio de forjar armas— se sitúan a la orilla de los ríos, muy especialmente a la del Deva, vía fluvial por la que llega el hierro de Vizcaya, paralela al Camino Real, que —cerrado aún el puerto de Orduña— envía lanas y granos de Castilla y Aragón.

La vida en el mar es intensa.

A Terranova se llega en la pesca de la ballena, que es general. Una Hermandad marítima se establece en todos los puertos del Cantábrico. El comercio marítimo vascongado posee factorías desde el siglo XIV en la Rochela, en Brujas y en el mar de Azof, y mantiene guerras con los ingleses.

De la pesca y de la caza debieron vivir los guipuzcoanos hasta el conocimiento de la agricultura, que parece importada por el bando de Gamboa, según alguien deduce de las representaciones vegetales de su heráldica, en contraposición con los animales en los escudos de los Oñacinos. La base de la alimentación fué entonces el pan de mijo.

A parte de las luchas de estos bandos —cuyas repercusiones llegan hasta Galicia—, los Parientes Mayores constituyen el mayor peligro para las villas, a las que desafían en el famoso cartel de la Iglesia de Azpeitia. Enrique IV, a la sazón reinante, allana

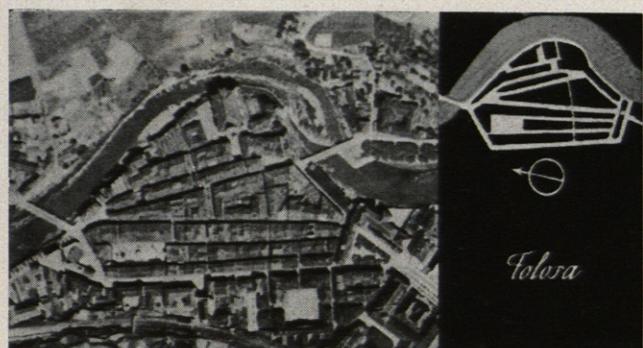
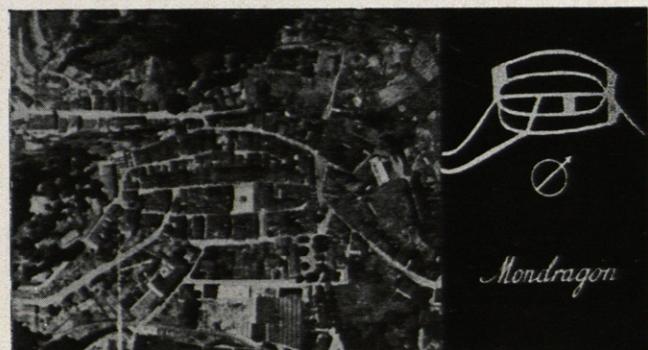
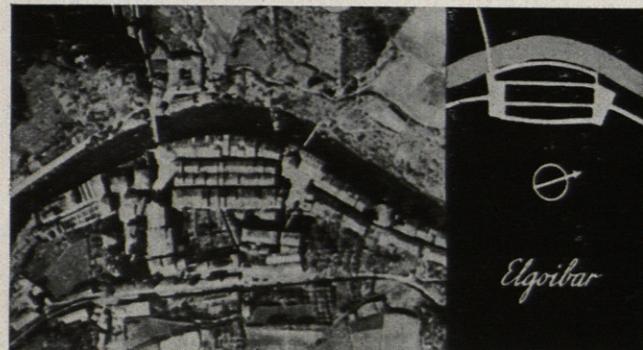


sus torres y extraña a sus caudillos a tierra de moros, consiguiendo para siempre la paz en el país, que, desde ahora, reconocido, le titula rey de Guipúzcoa y ostenta en el jefe de su escudo su efigie, en el áureo trono y con la espada en la diestra.

El descubrimiento de las Indias completa la obra encauzando energías y transformando la vida mate-

rial y el régimen de alimentación, que, con el maíz, cambia el sistema de cultivo.

Desde el siglo XVI, Oñate, con la Universidad del Santo Spíritus, constituye el centro intelectual; Aránzazu, con la aparición de Nuestra Señora, el centro de la devoción, y Loyola, cuna de San Ignacio, el centro espiritual.



LAS SEGREGACIONES

La paz interior que a partir de Enrique IV disfruta Guipúzcoa produce la independencia de las vecindades, que van segregándose, especialmente durante el siglo XVII. El abandono de la organización militar, ya inútil, se completa con el derribo de los muros de las Villas, que produce, en algunos casos, plazas abiertas al campo por un lado: el que antes ocupaba la muralla.

Prosperan las fábricas de armas en los valles del Deva, y los astilleros en la costa.

El tráfico marítimo con América se realiza por la Compañía Guipuzcoana de Caracas.

En el siglo XVIII, la Sociedad de Amigos del País establece en Vergara el Real Seminario, y en el XIX se crea la capitalidad de la provincia, que, durante algún tiempo, alternarán San Sebastián y Tolosa.

